

Segunda Máquina para leer a Roussel



Basada en la máquina de Esteban Fassio
Roni Bandini, Buenos Aires, 2021

Pag
#1

La Máquina
de Roussel

Abajo, a la derecha, otras pirámides acostadas al borde del pedestal, con la cúspide hacia atrás, permitían apreciar el efecto del trabajo terminado; la base, de pie y visible, estaba finamente indicada por un tejido casi inexistente, más tenue que una tela de araña. En el fondo de cada pirámide una flor roja, sujeta por el tallo, atraía poderosamente la mirada.

Pag
#1

La Máquina
de Roussel

Cerca del altar, a la derecha, verdeaba una palmera gigantesca, cuyo admirable desarrollo demostraba su ancianidad; un rótulo, pegado a la estipa, presentaba esta frase conmemorativa: "Restauración del Emperador Tabú IV sobre el trono de sus padres." Protegido por las palmas, un poyo clavado en tierra mostraba un huevo cocido sobre la plataforma cuadrada formada por la cúspide.

Pag
#1

La Máquina
de Roussel

A la izquierda, a igual distancia del altar, una planta alta, vieja y lamentable, hacía triste figura junto a la resplandeciente palmera: era un gomero sin savia, casi podrido. Una litera de ramas, instalada bajo su sombra, sostenía el cadáver yacente del rey negro Yaúr IX, clásicamente vestido como la Margarita de Fausto, con un vestido de lana rosa con sobrefalda corta y una tupida peluca rubia, cuyas gruesas guedejas, pasando sobre los hombros, llegaban hasta la mitad de la pierna.

Pag
#1

La Máquina
de Roussel

Pag
#1

La Máquina
de Roussel

En cierta parte del Lyncée, particularmente dañada por el choque, se habían descubierto doce vehículos de dos ruedas, especie de carros romanos adornados de llamativas pinturas.

En el curso de sus giras, las familias Boucharesses y Alcott, reunidas, empleaban esta carrocería para realizar un curioso ejercicio musical.

Pag
#2

La Máquina
de Roussel

Cada uno de los carros, una vez puesto en marcha, dejaba oír una nota pura y vibrante producida por el movimiento de las ruedas. El conjunto de coches sonoros, colocados uno al lado del otro en la pista circular, daban la escala diatónica de do, desde el la grave hasta el sol sostenido. Los coches avanzaban uno tras otro, seguían un orden y un ritmo determinados y ejecutaban una cantidad de aires populares, cuidadosamente elegidos entre los refranes o estribillos desprovistos de modulaciones

Pag
#2

La Máquina
de Roussel

El alineamiento era pronto quebrado por el calor y la frecuencia de las notas: algún carro, al emitir una ronda, sobrepasaba en cuatro o cinco metros al carro vecino que, encargado de producir una simple semicorchea, apenas avanzaba algunas líneas

Pag
#2

La Máquina
de Roussel

Queriendo obtener sin fatiga pulmonar transformaciones continuas y prolongadas, el joven, siempre traducido por su hermana, recurrió a Bex en persona quien, con una pila de recambio eventualmente consagrada a cierta orquesta termo-mecánica, surgida de sus laboriosas vigiliass, fabricó un ventilador a hélice, práctico y ligero. El aparato ofrecía, con un solo abanico, la ventaja de una regularidad perfecta, y de un aliento dulce e ininterrumpido.

Pag
#2

La Máquina
de Roussel

Pag
#2

La Máquina
de Roussel

El escultor Fuxier que, por medio de un modelado interno milagrosamente sutil, depositaba en ciertas pastillas rojas de su confección el germen de numerosas imágenes seductoras, dispuestas a convertirse en humo ante el contacto inmediato de cualquier brasero. Otras pastillas, de un azul vivo y unido, se derretían súbitamente en el agua, produciendo en la superficie verdaderos bajorrelieves debido al preparado interno.

Empequeñecido ante nuestros ojos, Rhejed se balanceaba furiosamente del extremo de su taparrabo, multiplicando así las mortales posibilidades de caída, ya tan numerosas por la fragilidad del vínculo que unía la tela roja a la puerta y a las dos patas invisibles.

A unos metros del suelo Rhejed, desgarrando el taparrabo, cayó graciosamente sobre sus pies, mientras el pájaro detestado huía hacia el sur, remolcando siempre la puerta adornada con un trozo de tela roja.

Demasiado feliz para pensar en la reprimenda merecida, Talú se precipitó a su hijo y lo abrazó largamente en medio de transportes.

Fogar, siempre al lado de Bex, había espiado con pasión la colocación de las diferentes piezas que componían el ingenioso instrumento generador de brisa. Con su curiosa facultad de asimilación, había comprendido todas las finezas del mecanismo, y expresaba con gestos su admiración por algún rodaje delicado, o por alguna tuerca de detención hábilmente colocada.

Interesado por aquella extraña naturaleza, tan inesperada en semejante país, Bex inició a Fogar en algunos de sus secretos químicos, llevando su complacencia hasta hacer funcionar ante el muchacho su orquesta automática. Fogar quedó petrificado ante los diversos órganos que, al ponerse en marcha, producían oleadas de armonía rica y variada.

Estaba sorprendido al ver que cada cuerda era incapaz de producir más de un sonido por vez. Según él, unos roedores, habitantes de una zona especial de BehuIfruen, tenían una especie de crin, en la que cada pelo, suficientemente tenso, era capaz de engendrar, ante cualquier frotamiento, dos notas simultáneas y distintas.

Un termómetro excesivamente alto, en el que cada grado se encontraba dividido en diez, asomaba su frágil cuerpo fuera de la jaula, en la que sólo se sumergía la fina cubeta, llena de un deslumbrante líquido violeta. Ninguna montura rodeaba el esbelto tubo diáfano colocado a algunos centímetros del borde rozado por los dos cilindros. Mientras todas las miradas escrutaban la curiosa máquina, Bex dio con precisión una serie de claras y sabias explicaciones.

Pues varios órganos de la orquesta automática estaban hechos con bexium, metal nuevo químicamente dotado por Bex de una prodigiosa sensibilidad térmica. La fabricación del conjunto sonoro tenía como única función sacar a la luz, de manera sorprendente, las propiedades de la extraña sustancia descubierta por el hábil inventor.

En lo alto de cada cilindro, una manija que giraba hábilmente sobre sí misma servía para regimentar la abertura de una canilla interior que comunicaba por el conducto de metal con la jaula de vidrio. De este modo Bex podía cambiar a voluntad la temperatura de la atmósfera interna; debido a las perturbaciones continuas los fragmentos de bexium, que actuaban poderosamente sobre ciertos resortes, accionaban e inmovilizaban por turno tal clavija o tal grupo de pistones.

Pese a las oscilaciones térmicas, las cuerdas conservaban invariablemente su justeza, gracias a cierta preparación imaginada por Bex para volverlas especialmente rígidas.

Dotado de una resistencia a toda prueba, el cristal usado para las paredes de la caja era maravillosamente fino, y el sonido era apenas velado por este obstáculo delicado y vibrante.

Pag
#6

La Máquina
de Roussel

Haciendo girar la manija roja lanzó hacia la caja una fuerte corriente de calor; después detuvo bruscamente el chorro aéreo y se vio al líquido violeta alcanzar, tras una ascensión rápida, la subdivisión buscada. Con un movimiento vivo, como reparando un olvido venial, Bex hizo bajar, como un escalón de calesa, un pedal móvil, disimulado entre los dos cilindros, que alcanzó, al desplegarse, el nivel del suelo. Oprimiendo con la suela este apoyo de resorte flexible, hizo funcionar el motor eléctrico sumergido en el instrumento, y algunos órganos tomaron vuelo.

Pag
#6

La Máquina
de Roussel

Una rueda llena, semejante a una rueda de moler en miniatura, frotaba como un arquito interminable cierta larga cuerda tendida sobre una placa resonante; sobre esta cuerda de sonido puro unos martillos accionados automáticamente descendían como los dedos de un virtuoso, se elevaban luego ligeramente, creando sin lagunas todas las notas del pentagrama.

Pag
#6

La Máquina
de Roussel

Contra uno de los muros de cristal se erguía un arpa, y cada cuerda estaba agarrada por un pequeñísimo gancho de madera que la pellizcaba y se apartaba para volver en seguida, por medio de una curva, a la posición primera; los ganchos estaban fijos en ángulo recto a lo alto de las barras móviles, cuyo juego flexible y delicado engendraba lánguidos arpeggios. Tal como lo había predicho el químico, la envoltura transparente tamizaba apenas las vibraciones, cuya sonoridad penetrante se propagaba con encanto y vigor.

Pag
#6

La Máquina
de Roussel

Pag
#6

La Máquina
de Roussel

Dócilmente estalló una brillante fantasía, que surgía de una cantidad de pabellones de grueso desigual colocados en grupo compacto. Toda la familia de los broncees estaba representada en aquel rincón especial, desde el bajo inmenso hasta el trombón alerta y estridente. Marcando diferentes subdivisiones en la porción del termómetro situada por debajo del hielo, la manija blanca, maniobrada varias veces, suscitó sucesivamente una marcha militar, un solo de trombón, un vals, una polka y ardientes clarinadas.

La heladera no tardó en convertirse en horno y el termómetro subió hasta los últimos grados. Un grupo de flautas y de pifanos ritmó de inmediato una marcha entusiasta con golpes de tambor secos y regulares. Aquí, igualmente, diferentes oscilaciones térmicas produjeron resultados imprevistos. Varios solos de pífano, sostenidos discretamente por una fanfarria de bronce, fueron seguidos por un gracioso dúo que, basado en una imitación del eco, presentaba dos veces consecutivas las mismas vocalizaciones.

El fluido violeta, dilatado de nuevo, se elevó hasta lo alto del tubo, que pareció a punto de estallar. Varias personas retrocedieron, súbitamente molestas por la ardiente velocidad de la caja donde tres cuernos de caza, fijados no lejos del arpa, lanzaban con entusiasmo un sonido ensordecedor. Ínfimos enfriamientos dieron de inmediato una muestra de las principales fanfarrias cinégticas, y la última fue un halalí lleno de alegría.

Cada uno, por turno, formuló un deseo rápidamente satisfecho por el químico que, sin ayuda de las manijas, hizo desfilar por segunda vez en orden fortuito las diversas combinaciones polifónicas, no sin cambiar el título de los trozos por una especie de coquetería que engendraba imperceptibles diferencias termométricas.

Pag
#8

La Máquina
de Roussel

Mientras Bex se daba vuelta para alejarse, las conversaciones estallaron por todas partes, con el bexium como tema único, y se comentaron los maravillosos resultados conseguidos con el empleo del nuevo metal, cuya sorprendentes cualidades había sido claramente mostradas por el instrumento.

Pag
#8

La Máquina
de Roussel

Cuatro lápices monstruos, tendidos uno junto a otro en la arena, proporcionaban la base del edificio. Una segunda fila, superpuesta a la primera, comprendía tres lápices acostados en las estrechas fosas debidas a la forma redonda de los que los habían precedido. El piso siguiente, más exiguo, contaba con dos lápices que, a su vez, sostenían el segundo y último piso, formado por un lápiz solitario en lo alto del andamiaje de fachada triangular.

Pag
#8

La Máquina
de Roussel

Había sido después de un orden y elección cuidadosamente determinados que el químico había apilado todos los cilindros, y se había aplicado al reconocimiento de cada uno de ellos por medio de una marca especial grabada en algún punto del circuito.

Pag
#8

La Máquina
de Roussel

Pag
#8

La Máquina
de Roussel

Antes de continuar la experiencia Bex retiró los gemelos de sus puños, que estaban formados por cuatro aceitunas de oro; después retiró de sus ropas el reloj, el portamonedas y las llaves, y tendió el conjunto a Balbet, quien prometió vigilar el brillante depósito.

Puesta al desnudo, la parte hasta ese momento invisible y culminante del cilindro se convirtió en punto de mira de todos los ojos. El asta argentada, parecida a un verdadero lápiz perfectamente tallado, se retraía en forma de cono, dejando sobresalir una espesa mina de ámbar, lisa y redondeada.

Para volver posible y práctico el manejo de la imantina recientemente inventada, se había hecho indispensable el descubrimiento de un cuerpo aislador. Después de muchas búsquedas Bex había obtenido el etanchio, metal gris poco brillante creado tras laboriosas manipulaciones.

En efecto, se podían temer muchas contusiones de parte de los lápices que, atraídos por nuestras alhajas, nuestros relojes, nuestro dinero, nuestras llaves o nuestros dientes orificados, se lanzaran bruscamente hacia nosotros.

Pag
#10

La Máquina
de Roussel

En realidad las imponderables monedas sufrían la influencia del cilindro culminante, que actuaba poderosamente: ya algunas piezas volaban en línea recta hacia la mina de ámbar, donde se fijaban con solidez. Siguiéron otras, algunas redondas e intactas, otras arrugadas y estrujadas por los pies.

Pag
#10

La Máquina
de Roussel

En efecto; por su posición misma la mina sobrecargada correspondía, sin equívoco posible, al botón de oro destinado antes que los otros a llenar con su disco el redondel central de la mesa. Su poder, muy especial, no habría podido ejercerse en una imitación totalmente desprovista de todo elemento aurífero

Pag
#10

La Máquina
de Roussel

En efecto, detrás de la tela, el botón de oro correspondiente a la primera lámina se encontraba desde hacía poco rodeado por la sesgadura redonda. Dos fragmentos del disco, desprovisto de toda coraza de etanchio, entraban en comunicación directa con las minas de ámbar apuntadas hacia ellos.

Pag
#10

La Máquina
de Roussel

Pag
#10

La Máquina
de Roussel

El lápiz, ahora inmóvil, formaba una especie de suave declive, desde su extremo no tallado, que acababa de fijarse en el suelo, hasta la punta de ámbar fuertemente pegada al botón de oro, pese al obstáculo del género azul.

El químico, a falta de un medio más práctico, se obstinó. Pero todo sacudimiento separador fue impotente. Sólo la interposición lenta y gradual de un tabique de etanchio pudo vencer a la larga la prodigiosa adherencia de los dos cuerpos.

Bex prosiguió con su maniobra invariable. Uno tras otro, los botones llevados a la sesgadura atraían a las minas de ámbar pese a la distancia, para emboscarse en seguida en la parte superior de la ranura.

En lugar de revolver al azar para cavar el suelo, los mineros, guiados con precisión por algún instrumento de fácil fabricación, alcanzarían de golpe los más ricos filones, sin tanteos ni trabajos estériles.

Pag
#12

La Máquina
de Roussel

El segundo negro trajo, sin gran esfuerzo, un largo recipiente transparente que Skarioffszky colocó como puente sobre la cítara, metiendo los dos extremos en las horquetas metálicas

Pag
#12

La Máquina
de Roussel

La Billaudière-Maisonniel, volviendo a ponerse de pie, debió prestarse a una nueva experiencia. A pedido del gitano tomó el gusano, que saltó sobre su mano abierta. La muñeca vaciló ante el brusco choque del intruso que, al parecer, pesaba como plomo macizo.

Pag
#12

La Máquina
de Roussel

Pronto el animal tapó la ranura de la arista inferior con su cuerpo alargado horizontalmente y sostenido por dos estrechos rebordes internos formados por las placas rectangulares.

Pag
#12

La Máquina
de Roussel

Pag
#12

La Máquina
de Roussel

El agua, acumulada en charcos redondos, penetraba en el interior del instrumento por dos aberturas circulares abiertas en la placa resonante. Cada una de las previstas cascadas se vertía en silencio en un estrecho afelpado interno, especialmente destinado a recibirlas.

Completamente reprovista, la sierpe inició una czarda punteada de tonos salvajes y brutales. De pronto los inmensos movimientos del cuerpo rojizo producían estruendosos fortísimos. ¡de pronto imperceptibles ondulaciones, que apenas dejaban escapar finas gotitas, reducían a un simple susurro la cítara, bruscamente apaciguada.

Ningún elemento mecánico entraba en esta ejecución personal, llena de fuego y de convicción. La sierpe daba la impresión de un virtuoso jornalero que, según la inspiración del momento, debía presentar de manera cada vez distinta tal o cual pasaje ambiguo, cuya interpretación deseada podía ser materia de discusión

Bien pronto el reptil acentuó por medio de enormes sobresaltos cierto canto de amplia contextura, donde cada nota escrita soportaba sin duda algún espeso trémolo. Alrededor de este tema, establecido como base, corría mucho encaje ligero, que daba lugar a simples estremecimientos del flexible cuerpo.

Pag
#14

La Máquina
de Roussel

Terminada la romanza, el cantor y el apuntador fueron a mezclarse al público, mientras el historiador Juillard, que los sucedió sobre la escena, se instalaba a nuestra izquierda frente a su mesa de conferencista, cargada de diferentes papeles, que él se puso a hojear.

Pag
#14

La Máquina
de Roussel

Mientras Martignon se alejaba lentamente, acariciando con los ojos el notable híbrido descubierto por él, Tancredo Boucharessas, padre de los cinco niños cuya habilidad habíamos admirado, hizo una entrada impresionante empujando personalmente, hasta las candilejas, un voluminoso instrumento sobre ruedas.

Pag
#14

La Máquina
de Roussel

Terminada la tarea, avanzó un artista sobre la escena: vestía correctamente un frac negro y llevaba un sombrero de copa entre las manos enguantadas de blanco. Era Ludovic, el famoso cantante de voz cuádruple, cuya boca, por sus colosales dimensiones, atrajo todas las miradas.

Pag
#14

La Máquina
de Roussel

Pag
#14

La Máquina
de Roussel

Pero una tercera fracción labial entró bien pronto en el coro, copiando exactamente a las fracciones precedentes; entretanto la segunda voz entonaba: "Dormid", protegida por la primera, que introducía un elemento nuevo en el conjunto repitiendo "Sonad a maitines" con un ritmo alerta y argentino.

Con los ojos fijos, las pupilas dilatadas, Ludovic necesitaba una atención espiritual continua para acompañar sin error este esfuerzo inimitable. La primera voz había retomado la canción al comienzo, y los compartimentos bucales, diferentemente renovados, compartían el texto del canon, cuyos cuatro fragmentos ejecutados simultáneamente se amalgamaban de manera sensacional.

Una simple cabeza de cincuentón colocada sobre un amplio disco rojo sostenida por un armazón de hierro que le impedía caer, tal era Filippo; una barba corta e hirsuta añadía fealdad al rostro, divertido y simpático, de inteligente bufonería.

Skarioffszky avanzó algunos pasos y recibió a Filippo, que empezó a pasar de mano en mano, y que sostuvo, con cada uno, una breve charla, imprevista y espiritual; algunos sostenían la mesa con el brazo tendido, para evitar dentro de lo posible los innumerables escupitajos lanzados por la boca del fenómeno, cuyas sorprendentes respuestas suscitaban entre nosotros continuas carcajadas.

Pag
#16

La Máquina
de Roussel

La ágil baratija, cuya cabeza, más grande que la de Jenni, igualaba en altura al resto del individuo, aprovechó la reciente independencia de sus movimientos para frotarse furiosamente la barba, sin interrumpir la húmeda verborrea.

Pag
#16

La Máquina
de Roussel

Dueño de una gaita, el joven era considerado el mejor gaitero de la comarca. Todos los domingos se reunía la gente en la plaza pública para oírlo tocar, con encanto muy personal, una cantidad de aires bretones que formaban en su memoria una reserva inagotable.

Pag
#16

La Máquina
de Roussel

Lelgoualch, prevenido de antemano, contempló la situación con entereza y, pensando únicamente en sacar el mejor partido a la cosa, pidió al operador que le guardara su tibia, que pensaba emplear de manera misteriosa.

Pag
#16

La Máquina
de Roussel

Pag
#16

La Máquina
de Roussel

El joven bretón aprendió pronto el nuevo teclado e inició una carrera lucrativa ejecutando aires de su país en los café-concerts y en los circos. Lo raro del instrumento, cuya procedencia era explicada cada vez, llamaba la atención de los curiosos y hacía aumentar en todas partes los ingresos de taquilla.

Al terminar el relato Lelgoualch llevó su tibia a los labios y se puso a tocar una melodía bretona llena de lenta melancolía. Los sonidos puros y aterciopelados no se parecían a nada; el timbre, a la vez cálido y cristalino, de una limpidez inexpresable, convenía maravillosamente al encanto particular de la canción apacible y cantarina cuyos contornos evocadores transportaban el pensamiento a plena Armórica.

El jinete Urbano hizo entonces su aparición, con chaqueta azul, pantalón de gamuza y botas con reborde, guiando un magnífico caballo negro, lleno de sangre y de vigor. Sólo un elegante cabestro adornaba la cabeza del animal, cuya boca no sufría ninguna traba.

La lengua del animal, en lugar de ser cuadrada como la de sus congéneres, tenía la forma puntiaguda de un resorte humano. Esta particularidad, notada casualmente, decidió a Urbano a intentar la educación de Rómulo, quien, al igual que un loro, se había acostumbrado, tras dos años de entrenamiento, a reproducir netamente cualquier sonido.

Pag
#18

La Máquina
de Roussel

El jinete recommenzó la experiencia, pidiendo ahora a los espectadores frases completas, que Rómulo repetía con él. Bien pronto, ya sin apuntador, el caballo con facundia reprodujo todo su repertorio, incluidos algunos proverbios, fragmentos y fábulas, juramentos y lugares comunes, recitados al azar, sin muestra alguna de inteligencia o de comprensión.

Pag
#18

La Máquina
de Roussel

El hombre y el caballo fueron reemplazados por Whirligig que, esbelto y ligero en su traje de payaso y su cara enharinada, llevaba por el borde, con ayuda de sus manos y sus dientes, tres profundos canastos, finamente trenzados, que depositó en el escenario. Imitando hábilmente el acento inglés, se presentó como un filibustero que acababa de obtener gran beneficio con dos juegos diferentes.

Pag
#18

La Máquina
de Roussel

Al llegar a la altura marcada por el nivel de la puerta, Whirligig sacó de la manga una larga artesa, delgada y chata, cuyo color oscuro podía confundirse con el tinte sucio de los cobres. Esta viga resistente, colocada como puente sobre los dos montantes del pequeño golfo, permitió que el payaso continuara su obra sobre un apoyo sólido y completo.

Pag
#18

La Máquina
de Roussel

Pronto una pantalla, erguida en una vertical absolutamente perfecta, mostró, sobre el fondo blanco, la silueta negra de un sacerdote con larga sotana y un sombrero tradicional. Ya acostados, ya de pie, según la necesidad de los contornos, los dominós, engendrando el diseño con la hábil alternancia de sus costados, parecían soldados por los estrechos bordes gracias a la precisión puesta en el trabajo.

Pag
#18

La Máquina
de Roussel

Acercándose al tercer canasto el payaso sacó y desplegó un gran trozo de tela negra, en dos de cuyos extremos había un anillo, lo que permitió colgarlo a dos ganchos colocados de antemano en el telón de fondo y en la pared de la izquierda de la escena. La colgadura negra caía hasta el suelo y formaba un amplio cortinado, hasta el que llegaba, partiendo de la torre de monedas, el eje del muro de dominós

Pag
#19

La Máquina
de Roussel

Cada leve proyectil, girando sobre sí mismo, iba infaliblemente a pegar su espalda azul a la colgadura y quedaba allí prisionero del tenaz pegote: el operador parecía lograr un éxito al colocar simétricamente las cartas que, negras o rojas, fuertes o débiles, se juntaban al azar, sin distinción de valor ni de categoría.

Pag
#19

La Máquina
de Roussel

Con el temor de aumentar las posibilidades de robo y las indiscreciones, Cuijper se había limitado a la fabricación de un solo espécimen, objeto de constante vigilancia; por lo tanto teníamos ante los ojos la misma "práctica" que, durante toda una temporada, le había servido para cantar los primeros papeles en el Teatro de la Moneda.

Pag
#19

La Máquina
de Roussel

Esta fuerza colosal no dañaba en modo alguno el encanto del timbre, y la misteriosa "práctica", a causa de aquel increíble aumento, aclaraba en vez de desnaturalizar la elegante pronunciación de las palabras. Evitando todo esfuerzo, como jugando, Cuijper revolucionaba las capas de aire, sin que jamás una entonación chillona turbara la pureza del sonido, que recordaba a la vez la flexibilidad del arpa y la potencia del órgano.

Pag
#19

La Máquina
de Roussel

Un estremecimiento de curiosidad reanimó al público a la entrada de la gran trágica italiana Adinolfi, vestida con un sencillo vestido negro que acentuaba la tristeza fatal de su fisonomía, ensombrecida ya por unos hermosos ojos de terciopelo y por una opulenta cabellera oscura.

Pag
#19

La Máquina
de Roussel

Después de un último verso enfático, en el que cada sílaba fue aullada aisladamente con voz enronquecida por el esfuerzo, la genial trágica se alejó con paso lento, con la cabeza entre las manos, no sin derramar hasta el fin su llanto límpido y abundante.

Pag
#20

La Máquina
de Roussel

En medio del escenario, sobre un fondo de colgaduras negras, Júpiter, Juno, Marte, Diana, Apolo, Venus, Neptuno, Vesta, Minerva, Ceres y Vulcano sentados con grandes atuendos ante una mesa lujosamente servida, elevaban sonriendo sus copas bien llenas. Dispuesto a brindar alegremente en ronda, Mercurio, representado por el cómico Soreau, parecía sostenido en el espacio por las alas de sus sandalias y planeaba por encima del banquete sin vínculo visible con el techo.

Pag
#20

La Máquina
de Roussel

Los personajes guardaban todos una inmovilidad escultural. Soreau, apretando entre los dientes la punta de su largo cornetín color del espacio, hinchaba las mejillas lisas y congestionadas, sin dejar que temblara la rosa erguida en el extremo de su brazo tendido. Las cortinas volvieron a juntarse y pronto, tras su impenetrable obstáculo, se escuchó una batahola prolongada, provocada por algún trabajo afiebrado y presuroso.

Pag
#20

La Máquina
de Roussel

A media altura un viejo ciego, vestido a lo Luis XV, estaba de frente en la vuelta de la escalera. En la mano izquierda llevaba un oscuro ramo verde compuesto de numerosas ramas de acebo. Al observar la base de la hierba se descubrían poco a poco todos los colores del arco iris, representados por siete lazos diferentes atados individualmente a los tallos agrupados en gavillas.

Pag
#20

La Máquina
de Roussel

A la derecha Soreau, que representaba al zar, sostenía verticalmente a nivel de sus ojos un disco de vidrio rojo que ofrecía el aspecto de un sol poniente. Su mirada, al atravesar aquel vidrio redondo, se fijaba hacia la izquierda en un grupo de hombres del pueblo que rodeaban a un moribundo que, con el rostro y las manos completamente morados, acababa de caer en convulsiones entre sus brazos.

Pag
#20

La Máquina
de Roussel

Poco a poco las lilas, los jazmines, los nomeolvides, el timo, la gardenia y las violetas fueron convocados en alta voz y cada vez el eco propagó poderosos efluvios odoríferos, en perfecto acuerdo con el vocablo dócilmente repetido.

Pag
#21

La Máquina
de Roussel

La escena fue rápidamente devuelta a la mirada de los espectadores para dar entrada a la vieja bailarina Olga Chervonenkoff, gruesa lituana bigotuda que, vestida como bailarina y adornada con hojas, hizo su aparición sobre la espalda del alce Sladki, a quien abrumaba bajo su peso formidable: el gracioso animal recorrió dos veces el escenario y después volvió entre bambalinas, libre de la corpulenta amazona, que se puso en pose para ejecutar El Paso de la Ninfa

Pag
#21

La Máquina
de Roussel

Al oír el ruido todos se volvieron hacia el lado oeste, donde los guerreros negros, en cuclillas junto a sus armas depositadas en el suelo, cantaban la Jeruka, especie de orgullosa epopeya creada por el emperador, que había tomado como tema el relato de sus propias hazañas. El aria, de ritmo y tonalidades extrañas, se componía de un solo tema, bastante grave, reproducido indefinidamente con palabras siempre nuevas.

Pag
#21

La Máquina
de Roussel

El texto ponukeliano, enteramente inaccesible a los oídos europeos, se desenvolvía en estrofas confusas, sin duda llenas de acontecimientos capitales, y la noche caía progresivamente sin que nada hiciera prever el término de aquella fastidiosa melopea.

Pag
#21

La Máquina
de Roussel

Talú sopló de lejos, en voz alta, el fragmento olvidado por el joven marsellés quien, recobrando el hilo del relato, llegó sin nuevas vacilaciones hasta el fin de la última estrofa. Entonces el emperador dijo algunas palabras a Sirdah, que, traduciendo en excelente francés la frase dictada por su padre, infligió a Carmichaël un plantón de tres horas como castigo por el leve olvido.

Pag
#21

La Máquina
de Roussel

Stéphane Alcott, vigoroso guapetón de tórax prominente, salió de nuestras filas con sus seis hijos, jóvenes entre quince y veinticinco años, cuya fabulosa flacura se transparentaba de manera impresionante bajo las simples mallas rojas muy ajustadas. El padre, vestido como ellos, se puso de pie en un punto cualquiera, con la espalda hacia el poniente; luego, efectuando con cuidado un cuarto de vuelta hacia la derecha, quedó de pronto inmóvil, afectando la rigidez de una estatua.

Pag
#22

La Máquina
de Roussel

Cuando el menor estuvo en su puesto, las siete comparsas, a distancias desiguales, aparecieron escalonadas sobre una extraña línea quebrada, donde cada uno de los cinco caprichosos ángulos estaba formado por dos talones unidos.

La aparente incoherencia de la figura se debía voluntariamente al número estricto de zancadas regulares, donde los seis totales respectivos habían evolucionado constantemente entre un mínimo de sesenta y dos y un máximo de ciento cuarenta y nueve.

Pag
#22

La Máquina
de Roussel

Preparar las cosas llevó algunos minutos durante los cuales Stéphane clamó con frecuencia su nombre, espiando el resultado cada vez perfeccionado por sus hijos que, moviendo a veces apenas los pies, ganaban un centímetro en una dirección cualquiera, o se inclinaban más para preparar el rápido paso del sonido.

Pag
#22

La Máquina
de Roussel

Stéphane, a plena voz, pronunció toda clase de nombres propios, interjecciones y palabras comunes, variando el infinito registro de la entonación. Y cada vez el sonido, pasando de pecho en pecho, se reproducía con pureza cristalina, de pronto fuerte y vigoroso, después débil hasta el último balbuceo, que se parecía a un murmullo.

Pag
#22

La Máquina
de Roussel

Para terminar el solista, tras inhalar hondamente, hizo interminables arpeggios con el acorde perfecto en los dos sentidos, utilizando generosamente toda la extensión de su voz y dando la ilusión de un coro impecablemente justo, gracias a la amplia y durable polifonía producida por todos los ecos mezclados.

Pag
#22

La Máquina
de Roussel

La noche había llegado poco a poco y, sobre la costa, un faro de acetileno fijado a una estaca aclaraba, con ayuda de un poderoso reflector colocado con esmero, todos los detalles de la sorprendente maquinaria, hacia la que convergían todas las miradas. El conjunto, enteramente metálico, daba al primer golpe de vista la idea bien definida de un telar.

Pag
#23

La Máquina
de Roussel

Varios telares que comprendían hilos verticales, respectivamente provistos de un ojal, formaban uno tras otro planos perpendiculares a la cadena que atravesaban de parte a parte. Ante ellos pendía un batán, especie de inmenso peine metálico en el cual los dientes imperceptibles e innumerables igualaban la cadena, como si fuese una cabellera

Pag
#23

La Máquina
de Roussel

Abajo, casi a flor de agua, numerosas paletas de todas dimensiones dispuestas en perfecto cuadrado, como un escuadrón, formaban toda la base del aparato, sostenido de un lado por la ribera y, por el otro, por dos pilares clavados en el lecho del río. Cada paleta, sostenida entre dos varas estrechas, parecía pronta a hacer girar una correa de transmisión que, abarcando a la izquierda una porción libre del delgado cubo, erguía verticalmente dos cintas paralelas.

Pag
#23

La Máquina
de Roussel

La evolución del panel coincidió con un movimiento sutil de los telares, y algunos hilos descendieron mientras otros se elevaban. El trabajo se realizaba fuera de nuestra vista en el espesor del techo, que sólo utilizaba delgadas ranuras para dar paso a inmensas franjas tendidas abajo por una legión de plomos estrechos apenas superiores al nivel del cofre. Cada seda de la cadena, atravesando aisladamente el ojal de uno de los hilos, había bajado varios centímetros.

Pag
#23

La Máquina
de Roussel

El cuadro de la tela se completaba poco a poco, y se vio emerger una montaña hacia la cual grupos humanos y animales de toda especie se dirigían a nado; al mismo tiempo una cantidad de rayas transparentes y oblicuas atravesaron todo el espacio, e hicieron comprender el tema, tomado de la descripción bíblica del Diluvio. Tranquila y majestuosa sobre la superficie de las aguas, el Arca de Noé elevó bien pronto su silueta maciza y regular, ocupada por finos personajes, que vagaban en medio de un cuantioso zoológico.

Pag
#23

La Máquina
de Roussel

Un manojo de cohetes subió por los aires y pronto, en el punto culminante de la ascensión, el núcleo incandescente estalló con un ruido seco, sembrando en el espacio numerosos retratos luminosos del joven barón de Ballesteros, destinados a reemplazar la habitual y banal serie de lluvias de fuego y de estrellas. Cada imagen, al salir de su envoltura, se desplegaba por sí misma, y flotaba luego al azar con un leve balanceo.

Pag
#24

La Máquina
de Roussel

Rao, que se había adelantado, apareció guiando a unos hombres pesadamente cargados con un curioso lecho, que instalaron en medio de la explanada. A la luz de los relámpagos se podía contemplar la extraña composición de ese mueble, cuyo aspecto era a la vez cómodo y aterrador.

Pag
#24

La Máquina
de Roussel

Entonces Djizmé tomó con ambas manos un pergamino que llevaba colgado al cuello por un fino cordón y lo contempló largamente, aprovechando el resplandor de los relámpagos para exhibirlo ante los ojos de todos con una expresión de alegría y de orgullo. Una palabra jeroglífica trazada en medio del flexible rectángulo, estaba rayada a la distancia, hacia la derecha, por un triple dibujo exiguo que representaba tres fases lunares diferentes.

Pag
#24

La Máquina
de Roussel

La golilla estaba tallada únicamente en las tapas azules de la revista Naturaleza, cuyo título aparecía en diversos puntos; el antifaz presentaba en toda su superficie un grupo compacto y numeroso de firmas diferentes, impresas en facsímil; en lo alto del bonete la palabra "Tiembla" se exhibía en grandes letras, visibles con ciertos movimientos de cabeza del joven que, así adornado, parecía una figura de charada hecha para hechizar la corte de los últimos Valois.

Pag
#24

La Máquina
de Roussel

Darriand, que había provocado personalmente la iluminación, giraba ahora con lentitud una manivela silenciosa, colocada a la altura de la mano, sobre el extremo izquierdo del muro. Pronto, provocada por alguna película coloreada puesta ante la lámpara, se diseñó una imagen sobre la pantalla blanca, presentando a las miradas de Seil-kor una deslumbrante niña rubia de unos doce años, llena de encanto y de gracia; bajo el retrato se leían las palabras: "La joven candiota".

Pag
#24

La Máquina
de Roussel

Tras la "Pesca del Torpedo" vino la "Martingala", que mostraba en los escalones de un gran edificio a un negro todavía niño que, haciendo saltar entre las manos unas fichas blancas, se dirigía hacia la puerta de entrada sobre la que se leían tres palabras: "Casino de Trípoli".

Pag
#25

La Máquina
de Roussel

Dejando la manivela, Darriand apagó bruscamente la lámpara y levantó a Seil-kor para sacarlo fuera, pues la agitación del joven negro, llevada al paroxismo, hacía temer los funestos efectos de una permanencia demasiado prolongada bajo la embrujadora vegetación.

Pag
#25

La Máquina
de Roussel

Pronto se abrieron las cortinas mostrando a Meis-dehl que, tendida de perfil sobre un camastro elevado, personificaba a Julieta, sumida en su sueño letárgico. Detrás del lecho mortuario, unas ondas verdosas coloreadas por sales marinas se escapaban de algún poderoso brasero sumergido en el fondo de un sombrío recipiente metálico, del que sólo se veían los bordes.

Pag
#25

La Máquina
de Roussel

Pero los primeros estremecimientos de la agonía golpearon de pronto, en plena dicha, al amante lleno de esperanza y de confianza. Con gesto desesperado mostró el veneno a Julieta quien, contrariamente a la versión acostumbrada, descubrió en el fondo del frasco un resto de líquido, que bebió con deleite

Pag
#25

La Máquina
de Roussel

Un espeso humo minuciosamente esculpido surgió otra vez del brasero y creó ante el agonizante una alegre bacanal: unas mujeres ejecutaban una afiebrada danza ante un grupo de desorbitados con sonrisas depravadas; en el fondo se veían los restos de un festín, mientras que, en primer plano, el que parecía desempeñar el papel de anfitrión, señalaba a la admiración de sus invitados las bailarinas flexibles y lascivas

Pag
#25

La Máquina
de Roussel

Esta exclamación de Romeo se dirigía a un fantasma que, hecho de nebulosidad ciselada, acababa de emerger del brasero después de San Ignacio. El nuevo personaje, de pie en medio de una muchedumbre atenta, semejaba algún iluminado sembrando la buena nueva: su cuerpo de asceta, enflaquecido por los ayunos, parecía flotar en su túnica grosera, y su rostro estragado hacía resaltar por contraste sus sienes voluminosas.

Pag
#26

La Máquina
de Roussel

Una nueva iluminación le hizo erguir la cabeza y la atrajo hacia la derecha, ante una evocación de Cristo que, montado en su asno legendario, se encontraba apenas velado por otro enrejado pintado, que formaba en el tabique una contraparte del primero. Era Soreau quien, rápidamente transformado, representaba el papel de Jesús, cuya sola presencia acusaba a Julieta de haber traicionado su fe al buscar voluntariamente la muerte.

Pag
#26

La Máquina
de Roussel

De pronto el zócalo, sacudido de derecha a izquierda por medio de la vara, comunicó sus sacudimientos al busto, y los cabellos se balancearon con violencia. Innumerables monedas de oro, mal cosidas, cayeron en lluvia abundante, demostrando que, por detrás, las trenzas ignoradas no estaban menos provistas que las otras.

Pag
#26

La Máquina
de Roussel

Era la trágica Adinolfi, que acababa de erguirse bruscamente, maquillada con extraño arte: toda su cara, cubierta por una capa amarillo ocre, era cortada por sus labios verdes que, al adoptar el tinte de la humedad, abrían en un ancho y aterrador rictus; sus cabellos hirsutos le daban cierto parecido con la última visión creada por el brasero, y sus ojos se clavaban con insistencia en Julieta, llena de pánico.

Pag
#26

La Máquina
de Roussel

Colocando los dos bultos en el suelo, Fuxier sacó del bolsillo una linternita sorda, que acostó chata sobre la superficie de tierra que afloraba del borde de la maceta de asperón. Una corriente eléctrica, puesta en actividad en el seno de este faro portátil, proyectó de pronto un deslumbrante haz de luz blanca, dirigido hacia el cenit por una poderosa lente.

Pag
#26

La Máquina
de Roussel

Ejecutando de antemano, en el germen, un trabajo de modelado y de colorido aun más minucioso que la tarea exigida para la preparación de las píldoras azules o rojas, Fuxier había depositado en cada uva el germen de un gracioso cuadro, cuyo desenvolvimiento acababa de seguir las fases de aquella madurez tan fácilmente obtenida.

Pag
#27

La Máquina
de Roussel

En primer lugar se veía a Jesús tendiendo la mano hacia una muchachita que, con los labios entreabiertos y la mirada fija, parecía cantar algún trino delicado y prolongado. Al lado, sobre un jergón, un muchacho inmovilizado en el sueño de la muerte guardaba entre sus dedos una larga antena de mimbre; cerca del túmulo fúnebre el padre y la madre, abrumados, lloraban en silencio. En un rincón una niña jorobada y escuálida se mantenía humildemente aparte.

Pag
#27

La Máquina
de Roussel

Casi en el ángulo de la derecha, una larga superficie triangular, semejante a la bandera de un pabellón, se desplegaba de costado en el extremo elevado de una esbelta pica de madera pintada de azul. El conjunto ofrecía el aspecto de la insignia de alguna nación desconocida debido a los colores de la etamina —que tenía un fondo crema sembrado de líneas rojas poco simétricas y dos puntos negros bastante juntos, colocados uno bajo el otro en la base vertical del triángulo.

Pag
#27

La Máquina
de Roussel

Contra el ángulo vecino a la placa de cinc se veía en primer término una especie de bloque gelatinoso, amarillento e inerte. Más cerca, en la misma alineación, aparecía, pegada a un trozo de alfombra, una delgada capa de cemento seco, donde cien agujas de jade, finas y puntiagudas, se clavaban verticalmente en dos hileras iguales.

Pag
#27

La Máquina
de Roussel

Al lado se erguía la fachada de un suntuoso palacio, donde una ventana abierta enmarcaba a una pareja abrazada. El hombre, personaje gordo y barbudo, vestido como un rico comerciante de Las mil y una noches, llevaba en su fisonomía sonriente una expresión de alegría expansiva e inalterable. La mujer, una mora pura a juzgar por el traje y el tipo, permanecía lánguida y melancólica, pese al buen humor de su compañero.

Pag
#27

La Máquina
de Roussel